

LA SACTA

SEMANARIO ILUSTRADO

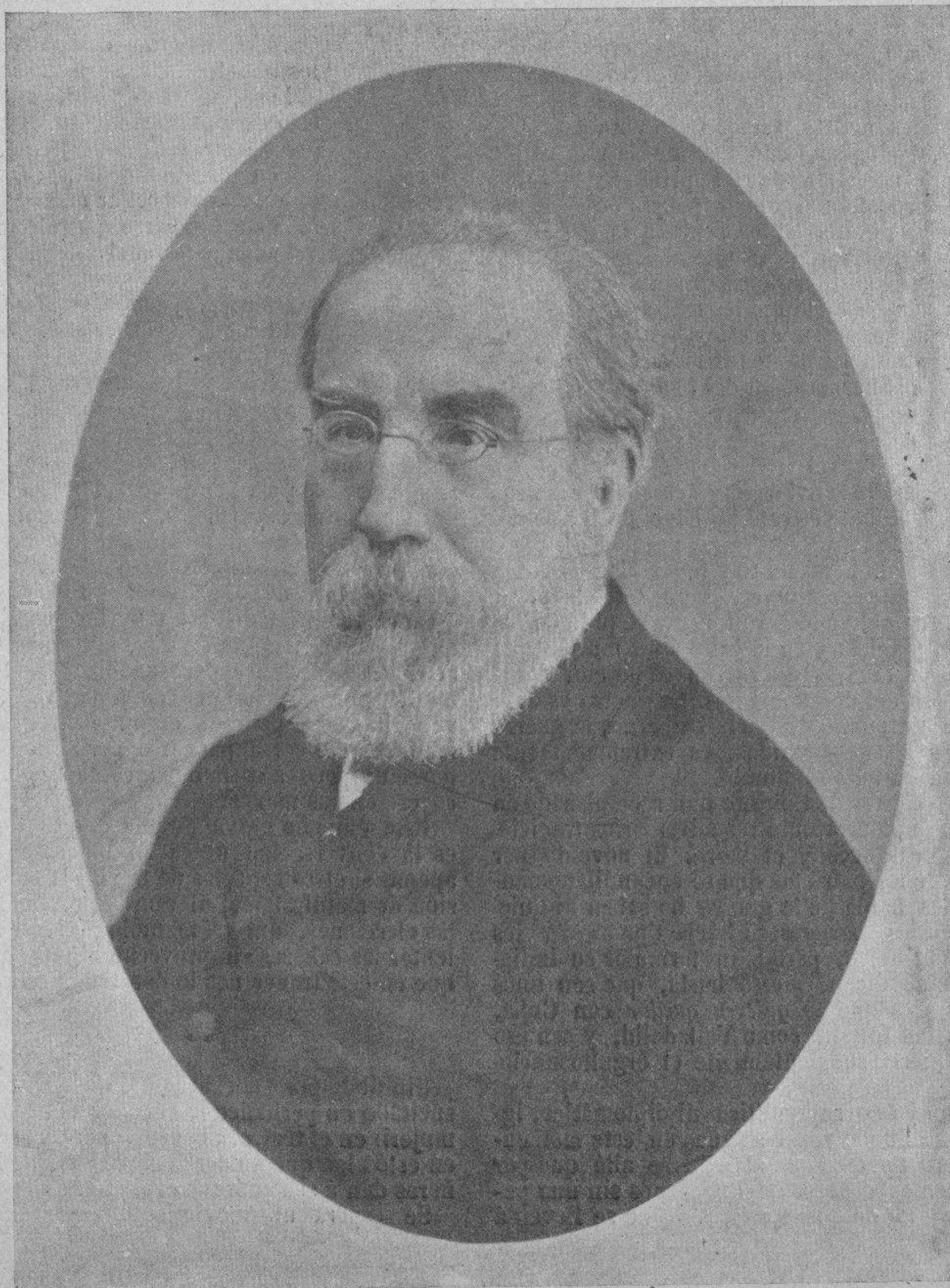
AÑO VII

BARCELONA, 19 DE MARZO DE 1896

NÚM. 278

15 CÉNTIMOS

POLITICOS ESPAÑOLES



Francisco Pi y Margall.



El primer día primaveral cayendo como una bendición sobre Madrid, hizo que se echaran á las calles todas las mujeres bonitas. Un sol tibio y un ambiente oloroso llenó los paseos y estimuló la salida de los primeros brotes verdes, en el ramaje pelado de los árboles del Retiro; los nautas aventureros del estanque grande hicieron los primeros pinitos de este año; asomaron por ser domingo los trajes claros, de las mujeres, y nadie se acordó durante una tarde de los Estados Unidos, ni de Sherman, ni del tocino de Chicago.

Y así van pasados tres días cuando escribo esta crónica, el sol arriba haciéndonos olvidar las crudezas del invierno, y acá abajo nosotros agradeciendo al sol este anticipo de la primavera.

Sólo queda persistente y tenaz el paso doble del *Cádiz* que constituye ya verdadera obsesión; es el tema obligado para todo, y se pide en los cafés al pianista y en la calle á las murgas que amenizan la apertura de un comercio, como expresión del deseo general. La guerra es cosa muy triste y temible, y sin embargo, la guerra con los Estados Unidos, es extremadamente simpática á todo el mundo.

Los *tocineros* de Chicago han reemplazado en el odio popular á nuestros adversarios tradicionales, el francés y el moro. El noventa por ciento de los patriotas que se encandilan cuando se les habla de la guerra no saben ni quienes son los *tocineros* ni hacia donde *caen* los Estados Unidos, pero para formular su indignación se dicen, y esto basta, que son unos extranjeros que *se quieren quedar* con Cuba, que es tan nuestra como Valladolid, y con eso se despierta suficientemente el orgullo nacional.

Como yo no soy político ni diplomático, ignoro por donde van las aguas en este momento, pero aparece que al saberse allá que por aquí somos capaces de quedarnos sin una peseta con tal de que los *tocineros* no se lleven á

Cuba, se han modificado un poco los ímpetus belicosos.

Los políticos de café, raza que está en su florecimiento, aseguran que los americanos se han encogido en cuanto les han advertido que podíamos echar mano del *corso*. Esto del *corso* ha sido una revelación para mucha gente que no había oído hablar nunca de semejante cosa, y para los susodichos políticos de café, un *arma terrible* con la que podremos hacer cisco á América si las cosas vienen mal

dadas. Hay buen número de gentes que ven ya por esos mares escuadras de vapores cazando buques americanos y trayéndoselos á casa amarrados por la popa.

Un poquito exagerado es, naturalmente, esto, pero en el fondo no puede negarse que si el *corso* no es, como dicen los políticos de café, un *arma terrible* es, sí, un arma de bastante alcance, sobre todo en un país como España que dispone de gente costera, muy maestra en artes navales y muy desocupada, desgraciadamente, por el estado del comercio, y á la cual vendría como pedrada en ojo de boticario la facilidad del *corso* para irse por ahí á remendarse un poco á costa del incauto *tocinero* que cayese en sus manos.

Este empeño grave de una guerra posible, es la conversación única en todas partes, y apenas si otros aspectos de la vida tienen ocasión de manifestarse, ni aun la proximidad de las elecciones, que es maniobra que suele calentar las cabezas sin provecho alguno, puesto que en este trance nos lo dan todo hecho.

Sin duda por no saber de qué hablar ha resucitado un periódico la cuestión del sombrero mujeril en el teatro, abogando porque se haga en esto algo que modere los vuelos que las señoras dan á sus adornos capitales.

Se espera un movimiento espontáneo de

ellas para acabar con semejante abuso y se espera en vano. ¿Cómo ni en qué forma pueden ponerse de acuerdo las mujeres para satisfacerse? El remedio ha de venir de las empresas, como ya se ha hecho en Francia, en Austria y en Bélgica. Si el espectador tiene derecho a *ver*, la empresa que vende este derecho está obligada á mantener en él al espectador. ¿Es que temen las empresas que las mujeres se enfaden y dejen de ir al teatro si se las prohíbe llevar los escandalosos armatostes de moda? Pues si es así me parece un temor injustificado porque seguramente no dejarían de ir por eso al teatro; como no lo han hecho en los países más arriba citados.

Lo verdaderamente gracioso es el contrasentido en que las mujeres incurren entre nosotros llevando sombrero á butaca, que es donde estorba, y yendo sin él á palco, donde no habría inconveniente en que lo pusiesen aunque fue-

sen de tamaño inverosímil. Y esta observación me hace pensar en un término medio que resolvería á gusto de todos el conflicto sombreril, y consiste en cambiar sencillamente de sistema, llevando sombrero en el palco y quitándolo en la butaca.

Hablen los cronistas de salones, única autoridad en la materia.

*
* *

Y acabo esta crónica como la empecé, bañado por un sol alegre que lleva á los espíritus ideas optimistas.

Según las noticias de hoy los Estados Unidos se *hacen atrás* sin duda porque nos han visto ehados *pa adelante*.

La guerra parece alejarse.

¡Qué lastima! ¿Qué van á hacer ahora con sus buques los *corsarios* del café?

FEDERICO URRECHA.

FRAGMENTOS

I

Después de recibir un hermoso *pensamiento*, que destina Luis á la solapa del *chaquet*, ojal primero superior de la izquierda, convertido en perpetua maceta de diferentes flores.

Encontrar tras los abrojos las flores... no es maravilla. Sospecho que la Inesilla me mira con buenos ojos. Cabal .. su mirada fija denuncia su amor; lo siento, porque hija mi *pensamiento* no es tu *pensamiento*, hija. ¡*Pensamiento!* Hermoso nombre. Es el besar esta flor el *pensamiento* mejor que puede tener un hombre, ¡No desisto de él ni á palos! Por ti, *pensamiento* bueno tengo el *pensamiento* lleno de mil *pensamientos* malos ¡Ay! Ines me da el vivir Tiene un pie ¡Qué pie! Me explico, ¡Qué *pensamiento* tan rico se me acaba de ocurrir. ¡Ay cuando á tu lado esté seré dichoso, verás .. *Pensamiento*, y no te irás que yo te sujetaré. Fácil es lograr mi intento si el *pensamiento* lo atrapo. Sí, pero ¿quién es el guapo que sujeta el *pensamiento*? ¿Y si sale volador? Mi *pensamiento* se enfría... Por fortuna, todavía es un *pensamiento* en flor. Me caso, lo malo es... de lo que pienso me rio, de este *pensamiento* mio nacerán otros después. Con la nueva me acomodo. Su talle me hace feliz.

¿Y su boca? ¿y su nariz?
Pero los pies sobre todo.
Dicen que locura es
y que sé yo cuantos nombres.
A veces tienen los hombres
el *pensamiento* en los pies.
¡Casarse mi boca dijo
y con... no es cosa sencilla.
¡Ah, no, Inesilla, Inesilla,
es mi *pensamiento* fijo!

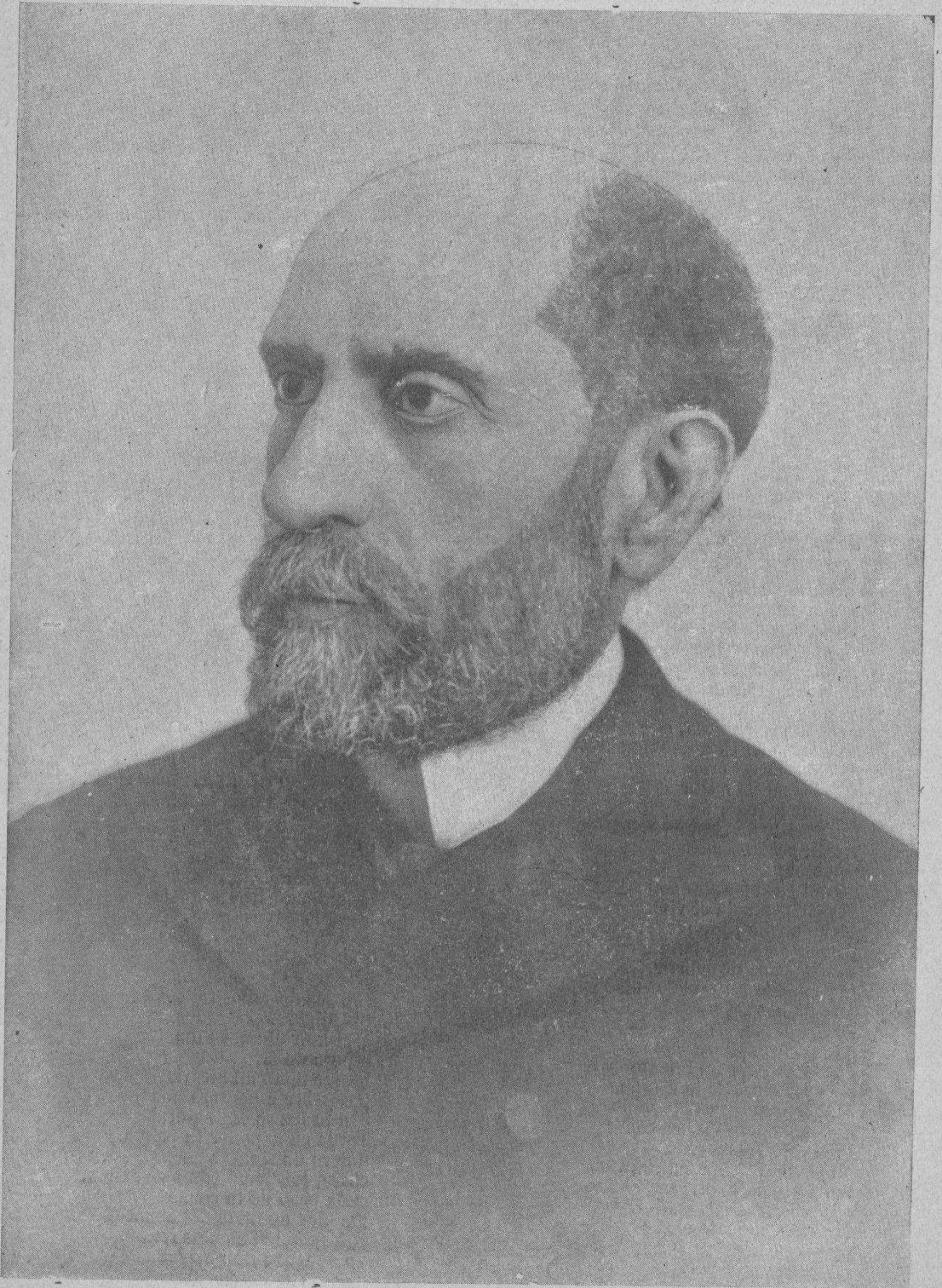
II

LADRAR Á LA LUNA

Un celoso á quien al amanecer le birlan la novia. Llévala al altar el rival afortunado. El amante desechado asómase á una ventana.

¡Qué noche! El pulmón dilata.
Bajo una nube de tul
que á Margarita retrata
la luna en carro de plata
cruza la bóveda azul.
Pronto de Febo los rizos
apagarán despiadados,
celosos de tus hechizos
con sus destellos rojizos
tus fulgores plateados.
Y al huir el nuevo día
esposa de otro será
la que mató mi alegría.
¡La pobre esperanza mía
con tu luz se extinguirá!
Tarda en deponer tu palma.
difiere un siglo la noche,
corre, ¡oh luna! con más calma,
cada paso de tu coche
me pica un trozo del alma.
Haz que de Febo los rizos
no apaguen desapiadados
celosos de tus hechizos
con sus destellos rojizos
tus fulgores plateados.

POLITICOS ESPAÑOLES



Nicolás Salmerón y Alonso.

POLITICOS ESPAÑOLES



Emilio Castelar.

Igual luminar nos mata
no escondas el blanco tul.
que á Margarita retrata
fija tu carro de plata
sobre esa bóveda azul.

III

Un hombre triste, á causa de la ictericia y des-
hecho en lágrimas.

Ya voló mi paz serena;
ya voló el contento aquel,
Hete aquí pobre Manuel
convertido en Magdalena.
El corazón me hace trizas
este llanto en que me anego.
¡Solo falta que este riego
me haga criar hortalizas!
Temores desatinados.
No mucho si á verlo vas,
con cuatro gotas no más
reverdecen los tejados.
Chusco fuera ¡voto á tal!
en mi juventud florida
ver mi nariz convertida

en nabo de Fuencarral.
de perejil una franja
sustituir á las cejas
y asomar por las orejas
las judías de la Granja.
Que fructifique á mi vez.
que florezca mi cogote
ó que me salga un bigote
de espárragos de Aranjuez
y por colmo de fatiga
que el secundo chaparrón
un melonar de Chinchón
me produzca en la barriga
Al mirarme de tal suerte
no podré sobrevivir...
¡Ah, no! prefiero morir
Venga alegría... ó la muerte.

Para muestra basta un botón.
Dentro de pocos días publicaré mi nuevo libro
Fragmentos.
Conque...
Justo era que en un artículo se haga el *idem*,
vuestro afectísimo amigo.

RAFAEL M.^a LIERN.

BELIGERANTES

Me parece que no será mucho suponer que la palabreja que sirve de epígrafe á estas líneas anda al presente en boca de algunos millones de personas de ambos sexos, ni que, en esta ocasión como en tantas y tantas otras se repite el hecho de que son muchos los llamados y pocos los escogidos, es decir, que son muchos los que hablan de beligerancia y beligerantes y muy pocos los que saben el significado de tales palabras.

Bueno será, pues, sacar de su ignorancia á los que estén en ella; y no cabe duda de que será bueno, por cuanto que una de las obras de misericordia es enseñar al que no sabe.

Pero no se alarmen los lectores de LA SAETA.

No entra en mi propósito explicarles un curso de derecho internacional ni sacar á relucir los enrevesados ó exóticos nombres de los tratadistas del mismo que se han ocupado en el asunto.

Eso se queda para los periódicos que se titulan serios, aunque no pocos de ellos se dedican á competir con nosotros haciendo reír á mandíbula batiente é todo el que los lee y tiene siquiera un poco de sentido común.

Por mi parte, pienso emplear otro sistema más agradable y más comprensible, el de los ejemplos ó parábolas, palabra esta última que estampo con cierto temor, pues no querría que la alusión se juzgase irreverente.

Y después de hacer constar, aunque del contexto de la frase ya se desprende, que lo de agradable y comprensible me es un bombo que inmodestamente me doy á mi mismo, sino que se refiere exclusivamente al sistema en general, doy por terminado el preámbulo y entro en materia.

Figúrense ustedes un matrimonio mal avenido, cosa nada difícil de suponer, porque de cada mil apenas si hay tres ó cuatro... que no lo estén.

El marido se pelea á todas horas con su costilla, con su suegra, con la criada, las cuales, ya á voces solas, ya á coro, lo ponen como chupa de dómine ó pasando á mayores, le tiran una col más ó menos voluminosa, un puchero de agua, caliente ó fría, etc., etc.

El hijo único está de parte de su papá y le apoya valerosamente en todas sus reclamaciones y en las escaramuzas que á diario tiene que sostener el hombre.

El gato de la casa, bien por unidad de sexo, bien porque el elemento femenino desahoga en él su mal humor con lamentable frecuencia, también se muestra adicto á la causa del esposo y enseña las uñas á sus contrincantes.

El marido no puede penetrar en el tocador de su mujer sin recibir un bufido, ni acercarse á la cocina sin que la maritormes le eche á empellones, ni pasar por delante del cuarto que ocupa su suegra sin oír unas cuantas perrerías ó correr el riesgo de una descalabradura, si su mamá política se halla en el paroxismo de la cólera.

A su vez, las hembras son recibidas á tinte-razo limpio si se atreven á penetrar en el despacho del amo de la casa; obsequiadas con insolencias á la vez que invitadas á tomar el tole, si tratan de entrar en el cuarto de estudio del mancebo; é ilustradas con arañazos si se aproximan al valeroso minino.

En aquella casa hay un poder legítimo (no diré si el del marido ó el de su cónyuge, para evitar que se disgusten las lectoras, si afirmo lo

primero ó que me llamen embustero y disolvente, si sostengo lo segundo); hay un partido levantado en armas contra dicho poder y que dispone de fuerzas propias y ejerce actos de soberanía dentro de una parte del territorio... del piso.

El partido levantado en armas ó en escobas contra el poder legítimo en aquella casa, merece ser reconocido como beligerante, tiene derecho á la beligerancia.

Ahora supongan ustedes que no se trata de eso, sino de que tres ó cuatro hombres de mal vivir y buenas piernas, se conciertan para asaltar una casa, saquearla y asesinar sus habitantes; cuando han dado comienzo á su honrada tarea, les sorprende la policía; ellos llenos de bélico ardor, echan á correr; como son más ligeros de piernas que sus perseguidores, se en-

tretienen, de vez en cuando, en detenerse y hacer un disparo que en ocasiones, por desgracia, da en el blanco; luego siguen corriendo, sin tiempo siquiera para reposar en ninguna parte, sin lograr otro resultado que echar los bofes, fatigar á los que van en su persecución y atropellar los objetos ó las personas que tropiezan descuidadas á su paso: esos prójimos no son ni pueden ser beligerantes, no son más que unos forajidos despreciables...

Y sin embargo, á esos tales es á los que los Estados Unidos quieren conceder la beligerancia.

Es muy posible que los dos ejemplos citados no merezca en rigor el nombre de parábolas. Pero aseguro á ustedes que su fondo es el Evangelio.

BLAS QUITO.

EL CORAZON DE LA PRINCESA

I

La corte de Gedeón XXIII, poderoso monarca de Sahoking, vasto imperio asiático limitrofe del Japón, se hallaba desde hacía cuatro días entregada á la más delirante alegría. La princesa Ada, reina consorte, se disponía á dar un nuevo sucesor á su regio esposo, que si no mentía el dictamen facultativo había de ser varón según todas las probabilidades. Todos los sacerdotes del culto judaico, que era la religión del país, no hacían otra cosa que implorar tal gracia del cielo, y el pueblo todo, á duras penas contenido por la guardia, pugnaba por invadir las regias habitaciones ávida de noticias.

El gran Gedeón XXIII, encerrado en la regia cámara, se hallaba pensativo y meditabundo, sumido en profundas reflexiones, y sin saber, como suele decirse, á qué carta quedarse, pensando, como él decía, en si sería padre ó madre, incógnita que no podía resolver hasta el nacimiento del nuevo príncipe; y aunque su favorito, el eminente sabio Kaofung, trataba de distraerle contándole amenas narraciones y sabrosos cuentos de todas clases, no bastaba á secarle de la profunda preocupación en que se hallaba abstraído.

Por fin, después de cuatro días de mortal ansiedad, durante los cuales se halló en grave peligro la vida de la princesa, llegó á la regia estancia la fausta noticia del alumbramiento por boca de Ayaki, la primera camarera de su majestad, que fué ansiosamente interrogada por el monarca, preguntándole:

—¿Es chico?

—No.

—¡Chica! ¡Qué desgracia!

—Chica es, en efecto, nada se oculta á la penetración de vuestra majestad.

—Sí, ya sé que penetro como una bayoneta,

pero, ¿cómo has tardado tanto en comunicarme tan grata nueva?

—Señor, quería estar cierta con toda certeza del sexo de su sucesor, y como hasta que la han vestido no he podido averiguarlo...

—¿Entonces estás segura?

—Segurísima, yo misma he visto los dos agujeros de S. A. abiertos apenas ha nacido por el decano de la facultad.

—Voy entonces á dar un abrazo á mi esposa, aunque, á decir verdad, siento que sea hembra...

—¿Había de haberse casado con un varón vuestra majestad?

—Me refiero á la criatura, mujer; ¡á que resulta ahora que eres más imbécil que yo!

—Señor, ahora no es ocasión de emociones, y quizá la vista de vuestra majestad le fuera fatal.

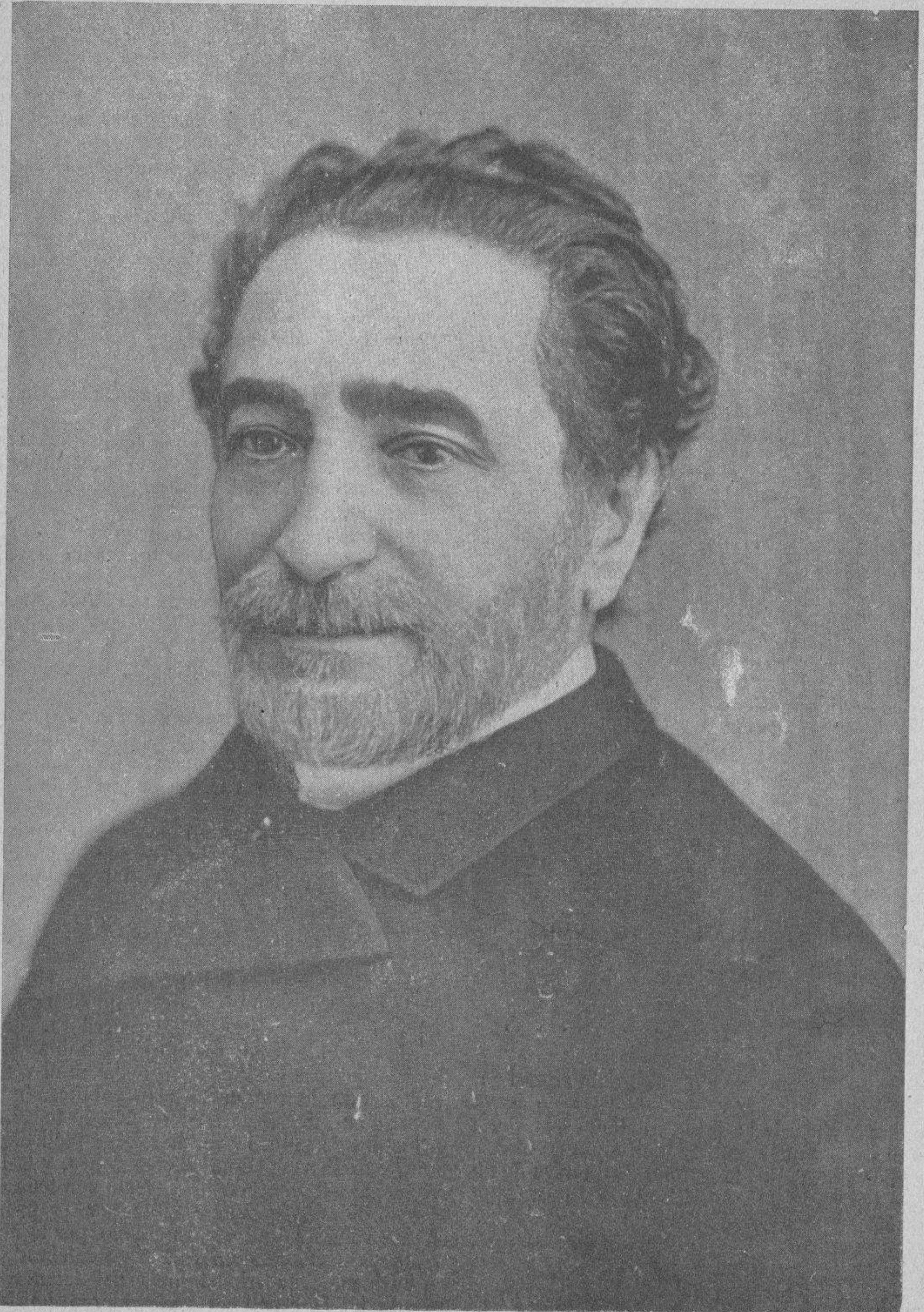
—¿Fatal dices, pues no parece sino que yo tengo la culpa de nada de lo que la ha pasado? ¡Voy á verla, sí... voy á verla! porque me abrasa la impaciencia y no voy á poder contenerme.

II

Dos días después celebrábase en el gran comedor de palacio un gran banquete para festejar el natalicio de la egregia heredera.

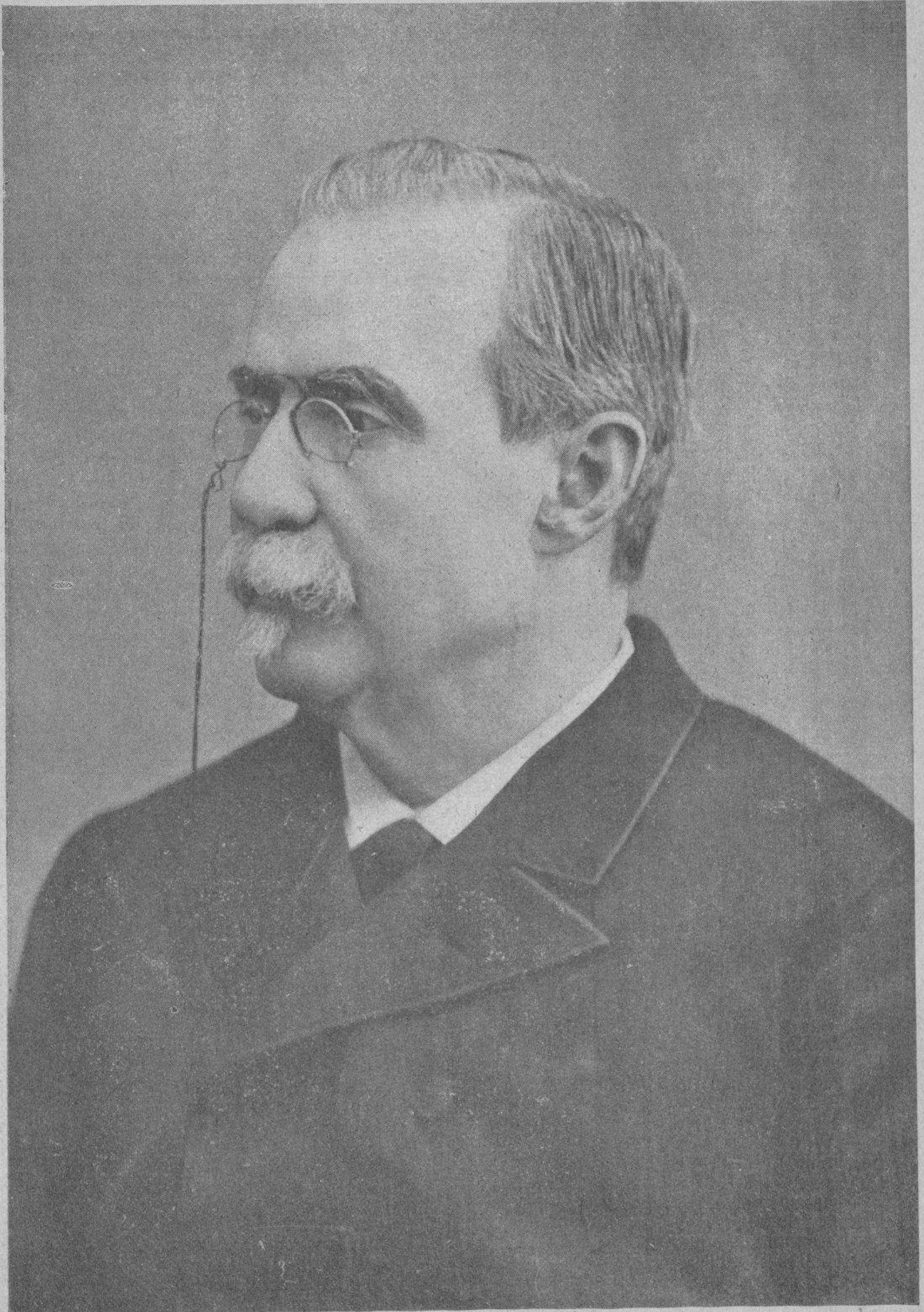
Siguiendo la tradición del país, habían sido invitadas todas las hadas y genios en él venerados, á fin de que, como hasta entonces había ocurrido en todos los nacimientos de todos los príncipes de sangre real, dieran á aquélla cada una, uno de sus más preciados dones, y la invitación se había llevado á efecto con toda escrupulosidad y personalmente por el propio Gedeón XXIII, que escarmentado por lo ocurrido en el banquete por el suyo celebrado, y al cual no concurrió el hada del talento, de donde había resultado un monarca imbécil, cosa muy común, por desgracia, no quiso confiar á nadie misión tan delicada.

POLITICOS ESPAÑOLES



Práxedes Mateo Sagasta.

POLITICOS ESPAÑOLES



Antonio Cánovas del Castillo.

Adornóse el regio comedor fastuosamente llenando las paredes de gallardetes, tapices y pendones que nunca faltan en las fiestas reales, y sirvióse un suculentísimo menú, obra maestra del jefe de cocina de palacio, que puso en el todo su empeño, sabedor ya por la costumbre del país de que habían de gustarle genios y hadas, además de los simples mortales ó mortales simples, que muy bien pudiera ser, tratándose de cortesanos, y aquéllas acudieron puntualmente al llamamiento, apenas sonada la media noche, hora en que comienza el dominio de trasgos, brujas y duendes.

Todas, una por una, tomaron asiento en la regia mesa, después de dar sus mercedes á la recién nacida princesa, entregándose con los cortesanos á la más ruidosa y cordial alegría, hasta que llegados los postres echóse de ver que no había acudido á la invitación la más poderosa y respetada de todas ellas, la del amor, lo cual era muy de tenerse en cuenta atendido el sexo de la heredera.

Desesperábase el monarca al saberlo, considerando que de poco ó nada servirían á su hija los dones recibidos, si habían de faltarla las puras alegrías y delicados goces del amor, cuando acierta á llegar la rezagada diosa, precedida de la multitud de traviosos amorcillos y genios revoltosos que de ordinario forman su corte, y acercándose á la cuna de la princesa que á un lado del comedor se hallaba, exclamó:

—Poderosa princesa, con quien tan pródigas han sido todas mis compañeras, de nada has de carecer, si la hermosura te dió su belleza incomparable, la riqueza su indiscutible poderío, la discreción su envidiable talento, y todas ellas sus cualidades peculiares, no imaginarás

ningún deseo que no veas al punto satisfecho, pero como yo no he sido llamada, como no hay en tu canastilla de recién nacida la ofrenda del hada del amor y eres mujer, no podrás ser feliz porque no tendrás corazón.

Dijo y alejóse como llegó sin que bastaran á detenerla las súplicas del monarca ni de sus compañeras que agradecidas á las atenciones recibidas, interpusieron con ella toda su influencia y poderío sobrenaturales, pero todo fué inútil, el hada del amor no volvió y la princesa tuvo todos los dones, todos los atractivos, pero quedó sin corazón como aquélla había predicho.

Pasaron los años de la infancia y nada en la princesa hacía notar la falta de órgano tan importante, si no era el desvío y glacial indiferencia con que recibía las caricias de parientes y amigos, lo cual era atribuído por la corte toda á la inexperiencia de la niñez, confiando todos en que llegada la edad de las pasiones, no podría sustraerse á su influjo, y sentiría y pensaría como todos sus semejantes.

Pero no fué así, la princesa llegó á los veinte años con la misma glacial indiferencia de que antes hacía gala, y aunque todos en la corte la juzgaban la más desgraciada de las mujeres, fué, sin embargo, la más feliz si no mienten las crónicas de su reinado, porque conocedora de su defecto orgánico, decía á todo el mundo que no era necesario el corazón para la vida, sino que antes por el contrario, sólo servía para producir disgustos, ya que la causa de todos ellos son las afecciones y sentimientos que nacen del roce y comunicación de las personas, en lo cual la experiencia nos ha demostrado que no iba muy descaminada la princesa.

JOSÉ CALDEIRO.



LA COMPASIÓN

—Niña, ¿por qué desvelada
Suspiras con tal empeño?

—El por qué, madre no es nada
Sólo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta
En la Holanda, que el espanto
Viendo las sombras se abulta.

—Así derramaré, oculta,
Entre sus pliegues mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.

—Pues vendrá en vano llamando
Que si ahora duermo soñando,
Después soñaré despierta.

—¡Ay, que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir da!

—Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
Estriba el mal que te aqueja?

—En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sonos,
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta, y entonces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡cuál llagaría el pecho
Cuando ablandaba los bronce!

Desperté á oírle, y la lira
No alegró la soledad;

Y ahora mi pecho suspira
No sé si porque es mentira,
O porque no fué verdad.

—¿Mas quién alzó las querellas?

—Soñé que era un peregrino.

¡Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mía,
Cantaba en llanto deshecho?

—Y soñé que era el que un día
Buscó albergue en nuestro techo
Por la tormenta que hacía.

Nieves y cierzo arrostrando,
Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando;
Y yo se la abrí, mostrando
La compasión en los ojos.

—¿De cuando acá te se alcanza
Recordar tal desacuerdo?

—Dejadme en mi bienandanza:
¡Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aún me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,
Una historia y otra Listoria
Me fué, amorosas, contando.

Siempre en ella se moria
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos quería;
Mas no me contó que habia
Hombres ingratos también.

Dióme con chistes discretos,
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeño,
En plática tan sentida,
Que cual si fuese beleño
Me iba dejando dormida.

Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre
Se fué la sombra espesando...

—¿Por qué entonces de su fuego
Rémora no fué tu calma?

—Creí sus perfidias luego,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.

—¿Y fuiste, al rayar el día,
Su ruta, niña, á inquirir?

—En vano fui, madre mía;
Ya el sol derretido habia
La nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada,
Fui de lugar en lugar...

—¿Y qué hallaste, desgraciada?

—Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan triste día
A escuchar su frenesí

Mas ciega que él te impelia?

—La *compasión*, madre mía...

—¿Y quién la tendrá de ti?

CAMPOAMOR.

MI AMIGO AQUILES

I

Hubo un tiempo en que estuve empleado en un ministerio.

Almorzaba en mi despacho, donde leía los periódicos, hacía versos y despachaba los asuntos de Estado, para cobrar á fin de mes una cantidad que me permitía estrictamente no morir de hambre.

Y hoy me acuerdo de uno de los compañeros de cautiverio que tuve en aquella época.

Llamábase Aquiles R... y era hombre de elevada estatura y de aspecto terrible por la corpulencia y por sus actitudes de Hércules.

Usaba luenga barba negra; llevaba el pelo á rape y tendría unos cuarenta años.

La única pretensión de Aquiles era la de gozar de una constitución atlética y de ser un hombre en extremo forzado y valeroso.

Hasta en el ejercicio de su tranquila profesión, no hacía ademán alguno que no tuviese por objeto el convencer de su prodigioso vigor á los espectadores.

Las conversaciones de Aquiles giraban siempre sobre el mismo tema.

En verano, sobre todo, los lunes por la mañana, cuando nos veíamos en la oficina, me refería sus hazañas del día anterior, constantemente relativas á algún maravilloso hecho de fuerza en el que había figurado como protagonista.

! ¡—¿Qué domingo, amigo mío!—me decía.—No hay fatiga que me rinda, ni quien pueda ganarme en las regatas, ni en la lucha cuerpo á cuerpo. Y luego... ¡qué manera de comer!

Las veladas de mi sorprendente compañero eran tan accidentadas como sus famosos domingos.

Cazaba ratones en competencia con los perros de presa: visitaba los barrios extraviados en persecución de los malhechores y se desafiaba á brazo partido con el Hombre cañón en persona.

Admiraba yo profundamente á Aquiles, sin que el relato de sus proezas hubiese despertado jamás en mi ánimo la menor sospecha y le colocaba entre los héroes y los semidioses.

II

Una tarde de Julio, calurosa y polvorienta, á la hora en que se empieza á encender el gas, regresaba yo de Vaugirard, por entre las callejuelas de un apartado barrio, contemplando los solares en venta y las chimeneas de las fábricas, y mirando hacia el interior de los pisos bajos, donde sorprendía de vez en cuando alguna escena curiosa, de carácter puramente doméstico.

De pronto me detuve, atraído por uno de aquellos cuadros íntimos.

En una sala amueblada á la antigua veíase una señora anciana vestida de negro y sentada en un amplio sillón forrado de terciopelo de Utrech.

Las dos luces que estaban encendidas en la chimenea permitían distinguir todos los detalles del mobiliario, así como lo que pasaba en la estancia.

Indudablemente, una hija única y adorada, soltera por ternura filial, era la providencia de la viuda. Ella había puesto, probablemente, aquel cojín bajo los pies de la anciana y acercado el velador, sobre el cual se veía una bandeja de metal con dos tazas. Y esperaba yo ver

POLITICOS ESPAÑOLES



Alejandro Pidal y Mon.

POLITICOS ESPAÑOLES



Segismundo Moret.

entrar con el café á la joven, vestida también de luto como la madre,

Absorto en la contemplación de tan simpática escena, permanecí inmóvil á pocos pasos de la abierta ventana, cuando vi abrirse una puerta en el fondo de la sala y presentarse de pronto nada menos que á mi compañero Aquiles, al formidable héroe de tantas y tantas aventuras.

Comprendí desde luego que estaba á punto de descubrir un misterio.

Era él en persona. Su terrible mano sostenía una cafetera de plata é iba acompañado de un perrito faldero que le estorbaba el paso.

—Mamá,—dijo el gigante con voz melosa y suave,—aquí está el café. Creo que esta noche le encontrarás exquisito.

—Gracias, hijo mío,—contestó la anciana.—Tu difunto padre decía siempre que yo no tenía rival para colar el café. Pero veo que al fin acabarás por hacerlo mejor que yo.

En aquel momento, y mientras Aquiles vertía el caliente líquido con la delicadeza de una señorita, el perrillo, excitado, sin duda, por la azucarera destapada, colocó las patas delanteras sobre las rodillas de su ama.

—Y á propósito,—preguntó la viuda dirigiéndose á su hijo:—¿has sacado á la calle á este pobre animalito?

—Sí, mamá,—contestó Aquiles, con voz casi infantil.

La madre y el hijo tomaron tranquilamente su café, y no necesitaba ver más para saber el género de vida tranquila y apacible de mi amigo.

Pero el espectáculo que la casualidad me proporcionaba era tan cómico y tan conmovedor al mismo tiempo, que no pude resistir á la tentación de continuar allí inmóvil por espacio de algunos minutos más.

Aquel tipo de aventurero terrible, aquel Hércules, aquel luchador esforzado y siempre victorioso, practicaba en su hogar las sublimes virtudes de una Hermana de la Caridad.

Aquel imaginario vencedor de las regatas del Sena, no hacía más que asistir á la oficina, cuidar á su madre y acompañarla á misa los domingos. Aquel valiente, que no temía el furor de los perros de presa, sufría resignado la esclavitud de un pobre falderillo

III

Al día siguiente por la mañana, al llegar á la oficina, pregunté á mi compañero en qué había empleado la velada anterior, y acto continuo me improvisó sin vacilar una historia siniestra, ocurrida á las dos de la madrugada, en un callejón extraviado, donde de un puñetazo en la sien había dado muerte á un ladrón.

Le escuché sonriendo casi irónicamente y estuve á punto de confundirle; pero al recordar cuán respetable es una virtud que se oculta, aunque sea bajo el aspecto del ridículo, le di un golpecito en un hombro y le dije en tono de profunda convicción:

—¡Aquiles, eres un héroe!

FRANCISCO COPPÉE.

UN DUELO

Los periódicos publicaron la siguiente noticia:

«A consecuencia de una crónica publicada en uno de los últimos números del semanario ilustrado *El Vibrion*, el conde de Herté ha publicado al teniente Solard y al barón de Terneux, que fueran á pedir una satisfacción ó una reparación por medio de las armas á nuestro compañero en la prensa Víctor Requin. El lance será á espada y se verificará á las primeras horas de la mañana en los alrededores de París.»

Una vez en el terreno, el teniente Solard da la señal para que empiece el duelo.

El conde y el periodista cruzan las espadas.

El primer asalto no produce resultado alguno; pero Víctor está pálido y demudado, á consecuencia de las furiosas estocadas de su adversario.

Vuélvese á empeñar la lucha y á los pocos momentos exclama el conde, ciego de furor y moderando el ataque:

—Voy á matarle á usted si no me revela al instante la verdad. ¿Por qué esa crónica, que nadie firma y cuya paternidad usted reivindica,

da acerca de mi hogar detalles tan íntimos que sólo un amante de mi esposa puede conocer?

Víctor contestó en los siguientes términos:

—Esa crónica no es mía y ha sido encontrada en las cartas que llegan á la redacción. Pero ante el reto de usted, no había más remedio que defender la honra de *El Vibrion* y yo me he ofrecido en lugar del verdadero autor, que se resiste á darse á conocer.

En aquel momento, interviene el teniente Solard.

—Señores—dice—no se puede hablar durante el duelo.

El conde no hace caso de la observación y añade:

—Pues si es así, caballero, sentiría en el alma que le ocurriese á usted un percance, y declaro que no quisiera hacer derramar injustamente la sangre de un hombre honrado, que nada tiene que ver en este asunto. Démonos prisa y terminemos este estúpido desafío, convirtiéndolo en un duelo á primera sangre, si no tiene usted inconveniente en ello.

El teniente Solard vuelve á tomar la palabra y exclama con severo acento:

—Caballeros, ya he dicho á ustedes que no se puede hablar mientras se verifica el lance.

Transcurren algunos segundos, durante los cuales no se oye más que el ruido que producen los aceros al chocar.

El conde, convencido de que no tiene ante sus ojos al amante de la condesa, ha renunciado á sus ataques furiosos y certeros, y se limita á tirar con marcado abandono, esperando la casualidad de un rasguño cualquiera para darse por plenamente satisfecho.

En aquel momento se descuidaba. Entonces

Víctor adelanta el paso y ataca terriblemente á su adversario, su espada se desliza como una flecha y va recta al corazón del conde.

M. de Herté no lanza ni un solo grito. Suelta el arma que empuñaba, abre los brazos y cae muerto junto á los padrinos.

Acércase el médico é inmediatamente declara que el conde ha dejado de existir.

A las dos horas, madame de Harté recibía en Niza el siguiente telegrama:

«Todo ha terminado. Envíame dinero para el viaje y espérame en la estación.—Victor.

O. DE SAINT-CROIX.

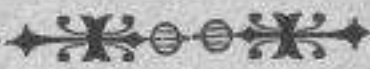


EN EL ALBUM DE LA DUQUESA DE F.

¿Ves al ciego cuando siente,
Al entrar la Primavera,
Blando calor en la esfera
Y perfumado el ambiente,
Cómo lucha allá en su mente,
Que en noche sumida fué,
Hasta que con viva fe
Se forja, entre mil primores,
Idea de aquellas flores
Y de aquel sol, que no ve?

Así, yo que nunca vi
Tu rostro, bella Duquesa,
Y oigo decir que embelesa
La hermosura que hay en ti,
Mezclando, por lo que oí,
Tintas de hermoso arrebol,
De mi mente en el crisol
A forjarme de ti llego
Una idea, como el ciego
De las flores y del sol.

VENTURA DE LA VEGA.



MÍSTICA

Al levantarme por la mañana,
y al acostarme todas las noches,
porque me quieras, hermosa niña,
rezo á la virgen de los Dolores;
y muchos días pasan mis horas
entre suspiros y entre oraciones
al pie del cuadro que ya en mi cuna
guardó mi sueño, veló mis noches.

Los que no saben cuánto te adoro
con gran respeto mis rezos oyen,
pues todos creen que mi alma abrasan
divinas dichas, santos amores.
¡Ay, si supieran que cuando altiva
junto á mi pasas y no me oyes
dejo sin luces la santa virgen
y en sus altares rompo las flores!

JULIO PIFERRER.

NUMERO EXTRAORDINARIO

DE SEMANA SANTA

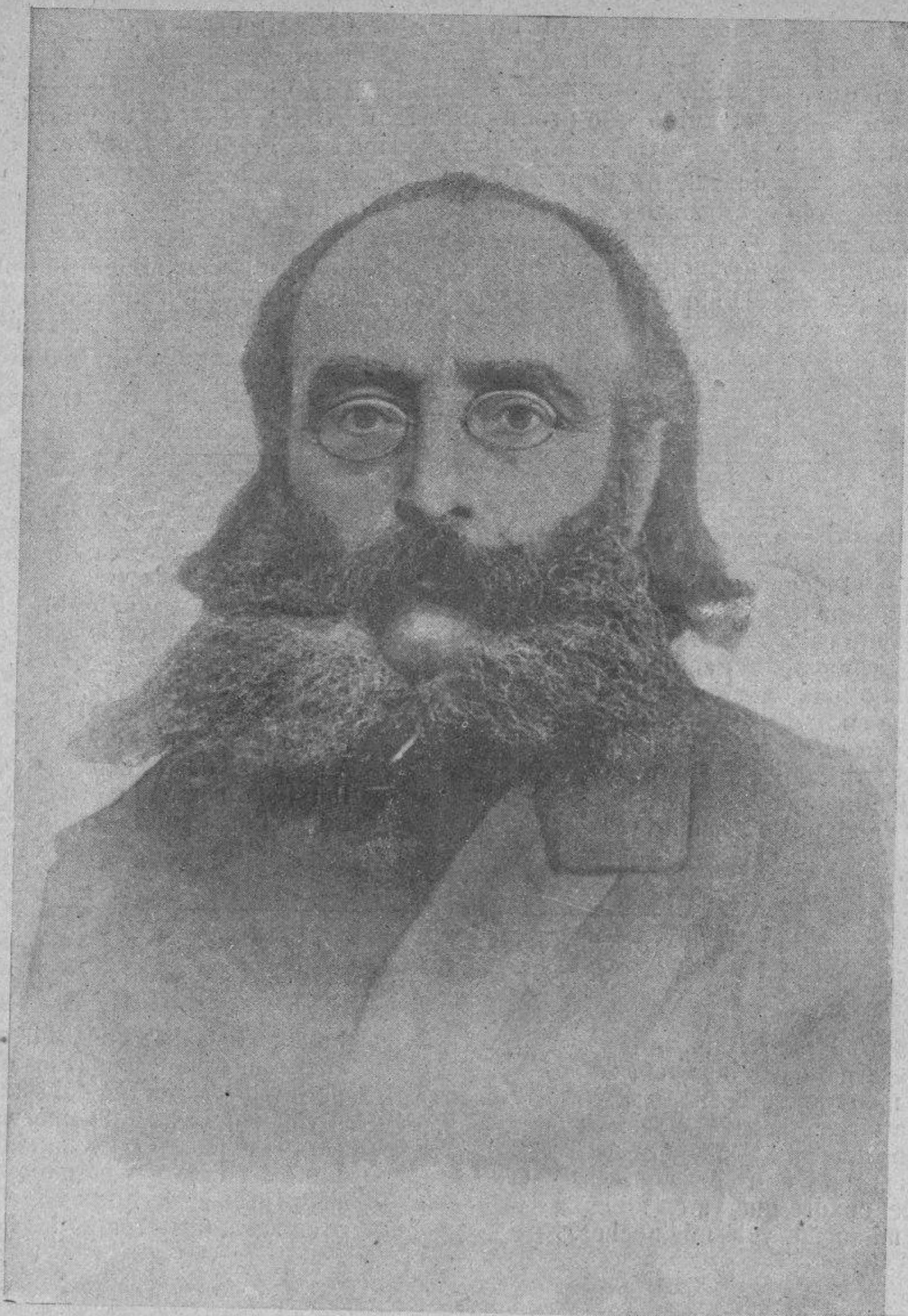
EL número que aparecerá el 1.º de Abril próximo, dedicado por completo al sublime misterio de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, constará de treinta y dos páginas, encuadernadas, y profusión de grabados, reproducción de los más bellos y célebres cuadros nacionales y extranjeros referentes á este místico asunto.

Será un número riquísimo, el mejor que hasta hoy habrá publicado LA SAETA, y lo mejor que en esta clase de trabajos cabe presentar.

A pesar del lujo y riqueza de este número sólo costará

30 céntimos en toda España.

Imprenta LA ILUSTRACION, á c. de Fidel Giro. Pas.º de San Juan, 168 — Barcelona.



Doctor Esquerdo.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTISTICO

Director:

V. SUAREZ CASAN

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre.	5 Ptas.
Un año.	8 ,
Extranjero y Ultramar.	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA

PARA LA VENTA

de

periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Herald* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvia* ◆
- El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

LA SACTA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 26 DE MARZO DE 1896

NÚM. 279

15 CÉNTIMOS

BELLAS ARTES





Juro al paciente lector de estas crónicas de LA SAETA, que paciente y no poco ha de ser para leer mi prosa humilde, que al llegar á la tercera línea de este comienzo, ni sé por donde empezar, ni mucho menos en qué acabará este rato de *causerie* semanal, con tanto gusto mío sostenida.

Las conversaciones giran sobre un punto único: la guerra, y á ésta se refiere todo, incluso los estupendos *canards* que de vez en cuando salen á la pública circulación.

Parece como que hay en algún punto de Madrid un gabinete ó laboratorio de lo que en lenguaje periodístico se llaman *bulas* y el vulgo de la gente apellida *camelos*, el cual laboratorio se encarga de inventar cada cuatro días una noticia de sensación.

Véase como se opera para esto, porque es curioso. Un corresponsal encuentra en la calle, cuando va camino del telégrafo, á un amigo.

—¿Sabe usted la noticia? — pregunta éste.

—No sé nada, — contesta el corresponsal.

—Se ha perdido el *Oquendo* en aguas de Huelva.

El corresponsal desea averiguar el origen del rumor. El amigo sólo puede decir que lo ha oído afirmar en el café con absoluta seguridad. El corresponsal va á Telégrafos con objeto de expedir telegramas del día á sus periódicos; la noticia del amigo ha llegado también, pero por otro conducto y con detalles.

—El *Oquendo* se ha perdido frente á Huelva por haber chocado con otro buque.

El corresponsal empieza á dudar y va al ministerio de Marina. Allí no saben nada de semejante pérdida, ni creen en ella; pero como en casos semejantes la mentira es un sistema burocrático, el corresponsal no da ningún valor á la negativa y vuelve á Telégrafos. Esta segunda vez ya hay más detalles.

—El buque que ha echado á pique al *Oquendo* se llama *Cabo Palos*.

Las dudas del corresponsal son ya horribles.

Monólogo en un rincón del gabinete central de Telégrafos.

—¿Qué hago? ¿Telegrafio ó no telegrafio? ¿Y si resulta luego que es verdad y yo no digo nada?

Vuelta á indagar; otros corresponsales más diligentes ó mejor enterados han teleografiado ya el suceso á provincias. Aparece un *Zurupeto* que viene del Bolsín.

—¿Qué hay? — pregunta.

—Lo del *Oquendo*, — le dicen.

—¡Ah, sí! Ya se sabe también en el Bolsín. El interior ha bajado

veinte céntimos.

Este es el golpe de gracia para el infeliz corresponsal. Telegrama al canto; doce horas después, toda España lee en los periódicos que el acorazado *Oquendo* se ha perdido trágicamente, cuando lo cierto es que va tranquila y felizmente navegando rumbo al Ferrol.

Pero el efecto que los autores de la noticia perseguían se ha conseguido: una jugada rápida de Bolsa, aun á costa del crédito de los corresponsales, y lo que es mucho más respetable y digno de mayores miramientos, á costa de la dolorosa alarma de un puñado de familias que tienen lazos con los tripulantes del acorazado.

Muy difícil, si no imposible, es llegar al verdadero origen de estas noticiones de pésimo gusto; pero si fuera posible sacar á la pública execración al autor de tan criminales embustes, sobre él debiera caer el rigor de la ley que tenga previsto esto, si semejante ley existe, que lo dudo.

El autor de la muerte de un hombre, saliendo libre de la cárcel entre el respeto y la simpatía de todo el mundo, no es cosa de todos los días.

Ayer sucedió esto ante el tribunal del jurado madrileño.

Era el *criminal* un hombre honrado, casado con una mujer bonita y honrada también. Pero

eran pobres, y el dueño de la casa en que vivían, creyó cosa fácil *hacerse* con la apetitosa inquilina; no lo consiguió por medio del halago, y cierto día en que fué á cobrar los alquileres que se le debían, halló en el pasillo de la casa á la mujer deseada. La abrazó y la besó con ansia de viejo sátiro; forcejeó ella defendiéndose; el esposo dormitaba enfermo en su cama; oyó el rumor de la lucha; se dió inmediatamente cuenta de lo que sucedía, y ciego de justa cólera, cogió un estoque y con él atravesó dos veces el cuerpo del casero, que cayó muerto en el sitio mismo del atentado contra el honor de aquella mujer.

El jurado, tan ridiculizado por las escuelas conservadoras, ha dado una prueba de admirable sentido de la justicia, poniendo en la calle á este homicida. Con el antiguo procedimiento, no sé si hubiera sucedido lo mismo; pero sí sé que el marido ofendido estaría aún sujeto á un proceso inacabable, envuelto en la obscuridad de autos, providencias, declaraciones y testimonios, entre cuya enredada trama ya se habría perdido á estas horas la claridad del hecho.

* * *

Un lector, según él dice en una carta por todo extremo cortés que me escribe desde Va-

lencia, me pregunta por qué razón siendo enemigo del *género chico* de zarzuela, he cometido la inconsecuencia de estrenar recientemente una.

No hay tal enemistad hacia el género chico, ni por tanto inconsecuencia entre lo que predico y lo que hago, como dice el lector de Valencia.

Si ha leído con cuidado cuanto sobre esto he escrito, incluso estas crónicas de LA SAETA y muy recientemente, habrá visto repetidas veces la afirmación de que el género chico responde á una necesidad de gran parte del público, la más numerosa y menos rica. Lo que he combatido y combatirá conmigo el lector anónimo y cortés que me escribe, es la extravagancia dentro del género, pero no el género en sí.

En el género chico han producido nuestros mejores autores y músicos — Ramos, Vital Aza, Echegaray, Chapí, Caballero — lo más selecto de estos últimos tiempos. Pero al lado de éstos, han hecho tarea menos meritoria otros, aunque con la mejor buena fe, sin duda.

El género chico es excelente.

Muchos de sus cultivadores tal vez no lo sean tanto.

Y conste al lector que me escribe y á los que no se toman este trabajo, que no me exculpo.

FEDERICO URRECHA.

EL BESO

I

Me han contado que, al morir
Un hombre de corazón.
Sintió, ó presumió sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón.
¿Qué es imposible, Asunción?
Veinte años hace que di
El primer beso ¡ay de mí!
De mi primera pasión...
Y todavía, Asunción,
Aquel frío que sentí
Hace arder mi corazón.

II

Desde la ciega atracción,
Beso que da el pedernal,
Subiendo hasta la oración
Ultimo beso mental,
Es el beso la expansión
De esa chispa celestial
Que inflamó la creación,
Y que en su curso inmortal,
Va de crisol en crisol
Su intensa llama á verter
En la atmósfera del sér
Que de un beso encendió el sol

III

De la cuna al ataúd
Va siendo el beso á su vez,
Amor en la juventud,
Esperanza en la niñez,
En el adulto *virtud*,
Y recuerdo en la vejez.

IV

¿Vas comprendiendo, Asunción,
Que es el beso la expresión
De un idioma universal,
Que en inextinto raudal,
De una en otra encarnación,
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad*,
En los ojos *ilusión*
En la frente *majestad*,
Y entre los labios *pasión*?

V

¿Nunca se despierta en ti
Un recuerdo, como en mí,
De un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asunción,
Que en alas de no sé qué
Trae la imaginación.

VI

¡Gloria á esa obscura señal
Del hado en incubación,
Que es el germen inmortal
Del alma en fermentación;
Y á veces trasunto fiel
De todo un mundo moral;
Y si no, dígalo aquel
De entre el cual y bajo el cual
Nació el alma de Platón!

VII

¡Gloria á esa condensación
De toda la eternidad;
Con cuya tierna efusión

A toda la humanidad
Da la paz la religión;
Con la cual la caridad
Siembra en el mundo el perdón:
Himno á la perpetuidad,
Cuyo misterioso son,
Sin que lo oiga el corazón,
Suenan en la posteridad!

VIII

¿Vas comprendiendo, Asunción?
Mas por si acaso no crees
Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador
Con que este mundo que ves
Lo ha animado el Criador...
Prueba á besarme, y después
Un beso verás como es
Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festín
De una en otra boca, al fin
Llega, de afán en afán,
A tu boca de carmín
Desde los labios de Adán.

IX

Prueba en mí, por compasión,
Esa clara iniciación
De un obscuro porvenir;
Y entonces, bella Asunción,
Comprenderás si, al morir
Un hombre de corazón
Habrá podido sentir
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Cantón.

CAMPOAMOR.

GALERIA ARTISTICA



Juicio de Paris.



Diana cazadora.

Axillette.

DON JOSÉ, PEPE Y PEPITO

Si les digo á ustedes que don José era hombre de unos cuarenta y ocho años, ni alto, ni muy bajo, con el abdomen algo más pronunciado de lo regular, no obstante que trataba de disimularlo gastando cintura regente y cuantos artefactos se inventan para aumentar lo ridículo de los individuos del sexo feo, que quieren pollear cuando ya comienzan á peinar canas; y si añado que era banquero y, de consiguiente, se hallaba en más que desahogada posición, seguramente que no se admirarán ustedes, porque parece como que ya lleva en sí todas esas circunstancias y otras varias el nombre de José, con el sonoro *don* antepuesto.

Tampoco les causará sorpresa que Pepe fuese hijo de don José, pues ya es sabido que en la inmensa mayoría de las familias al primer vástago se le pone el nombre del padre, ya por devoción al santo, ya por respeto al jefe de la casa, ya por creer que así el niño va á heredar las cualidades del autor de sus días, ya, en fin porque así les da la real gana á los que mandan y disponen en un asunto que parece baladí y en realidad no lo es.

Pongan ustedes á un chico Ibornobono ó Serapio y le habrán inhabilitado para figurar en el mundo como no sea en el respetable gremio de tenderos de comestibles ó en el de carboneros al por mayor.

Llamente Eselvino, Alfredo, Leonardo, y, de cada cien veces, las noventa y nueve saldrá tonto de la cabeza.

Yo conocí un muchacho, hijo de muy buena familia, que no podía entrar en ningún establecimiento público de los destinados á café, cervecería, fonda, etc., etc., porque apenas oía dar dos palmadas, gritaba desafortadamente:

¡Voy!

¡Era que al infeliz le habían puesto Juan, y sentía la irresistible vocación de mozo de café!

El nombre de José y su variante, Pepe, son inofensivos; salvo los casos de anteposición constante del don al primero, ó al segundo en diminutivo, nada significan de por sí, ni para nada influyen en la suerte ó en las cualidades de quienes los llevan.

Don Pepito ha de ser por fuerza un ente irresistible ó un memo de solemnidad.

Pero Pepe puede ser, como lo era el hijo del banquero, un buen muchacho, sin más defectos que el de creerse muy guapo y el de habersele subido á la cabeza los millones de su padre.

Pepito, sin don ¿eh? era escribiente en casa del banquero.

Tenía uno ó dos años menos que el vástago de éste, más bien era feo que hermoso, más bien listo que torpe, aunque su principal y el hijo de éste le juzgaban un tonto, porque tenía el carácter algo encogido.

Hasta aquí cuanto he referido á ustedes, nada tiene de particular.

Lo que ya es más raro es que don José, Pepe y Pepito hubiesen fijado sus miradas en una misma muchacha, en una joven bella y sensible, aunque costurera en blanco que vivía frente á la casa del banquero.

Este había concebido un violento capricho por la chica, y creyendo que ninguna mujer podía resistir ni á su fajado abdomen, ni á sus billetes de Banco, la remitía carta sobre carta, haciéndola magníficas proposiciones, é ilustrando el texto con valiosos regalos.

Pero los regalos eran devueltos y las cartas también.

Por su parte, Pepe, ignorante de los libidinosos proyectos de su padre, acosaba á la joven con sus necios galanteos, y empleaba igualmente el sistema de epístolas y regalos, que no lograban mejor acogida que los de su respetable progenitor.

Y el padre y el hijo hacían servir de Mercurio galante al pobre Pepito, á quien repugnaba encargarse de tales comisiones; pero que se resignaba á todo, pensando en que su madre, anciana y ciega, no tenía más medios de subsistencia que el sueldo que él ganaba en casa de don José.

Sin embargo, su posición llegó á ser violenta é insostenible, no sólo por lo que le desagradaban los dichosos encarguitos, sino porque, con motivo de ellos, hubo de ver y de tratar á la muchacha y enamorarse de ella.

La costurera comprendió lo que pasaba en el corazón del mancebo, y ¡vean ustedes lo que son las cosas! el descubrimiento la causó más impresión que las cartas y los regalos del banquero y de su hijo.

Sondeó á Pepito, convenciéndose de que era un hombre honrado, de que *iba con buen fin*, le obligó á declararse, y cuando él se hubo espontaneado, cuando la participó sus temores de que, acaso la pasión que sentía, le hiciera perder la colocación que tanto necesitaba, ella se sonrió con la malicia propia de las mujeres más ingenuas, y le dijo:

—Yo lo arreglaré todo.

Al día siguiente don José y Pepe recibieron cada cual una carta de la costurera, en las que se les daba cita, en casa de ésta, á la misma hora.

El primero en llegar fué el banquero.

Apenas éste había tomado asiento, tocaron á la campanilla y la costurera se apresuró á abrir, franqueando la entrada á Pepe.

La cara que pusieron el padre y el hijo, al encontrarse frente á frente no es para descrita.

La costurera gozóse un momento en la confusión de ambos, y luego dijo tranquilamente:

—Doy á ustedes un millón de gracias por haber coincidido en la idea de venir á ofrecerme todo su apoyo y protección para mi enlace con Pepito. Este me ha referido las muchas bondades de ustedes y que, conociendo nues-

tras relaciones, se proponían acelerar nuestro matrimonio, aumentándole el sueldo y apadriñándonos... Repito que no sabré nunca como pagar tanta bondad.

Al banquero no le convenía que su hijo se enterase de sus devaneos, á fin de que éstos no llegaran á oídos de su esposa, que tenía un genio de doscientos mil demonios.

Pepe temía también que su padre se enterase de sus calaveradas.

Ambos, juzgando un pretexto lo dicho por la costurera, pensaron:

—¡Qué talento tiene esta chica!

Y la chica los envolvió de manera, los comprometió de tal modo que cuando advirtieron que la cosa iba de veras, ya era tarde para retroceder.

Entonces ambos se consolaron con esta mezuquina idea.

—¡Bah! ¡Cuando se case con ese tonto de Pepito!...

Pero la costurera se casó al cabo de dos meses, con el tonto de Pepito y no pasó nada, sino que don José y Pepe, primero por temor de que se descubriesen sus debilidades, luego por orgullo que les impedía confesarse engañados, y, finalmente, porque en medio de todo, no eran malas personas, se convirtieron en protectores desinteresados de aquel simpático matrimonio.

Pero en adelante tuvieron buen cuidado de no encargar comisiones de cierto género á chicos jóvenes, aunque fuesen tontos como creían que lo era el tal Pepito.

BLAS QUITO.

EL TEATRO ESPAÑOL POR DENTRO

Declaro que voy á escribir con la cabeza y no con el estómago.

Al coger la pluma doy al olvido el día de nómina.

Y no se me arguya con aquello de *excusatio non petita, accusatio manifesta*, porque no tendría buena aplicación en este momento la hermosa máxima latina.

En mí la gratitud del estómago no llega, ni con mucho, á entrar en el terreno de la adulación.

Manejo mal el incensario por falta de práctica; el látigo me es más familiar, por más que hoy no tenga más remedio que manejar el *turibulum*.

Vicisitudes de la vida, fuerzas tal vez, de la impetuosa corriente de la moda, me apartaron del teatro grande en el que abrí los ojos al arte, y pasé años enteros en el teatro chico, sin contagiarme, por fortuna.

Así se explica que no me haya extrañado el ambiente purísimo de arte, que se respira, en el Corral de la Pacheca.

Antes al contrario; ensayar á la hora, que no se oiga entre bastidores ni el vuelo de una mosca, no ver á las coristas tomar café en el escenario, ni camareros cargados con servicios de almuerzos ó comidas; no ver tampoco esa multitud de madres teatrales, plaga verdadera del teatro chico, y sobre todo, admirar *les coulises*, *libres de parientes* de actrices y de *habitués conquistadores*, es una verdadera felicidad.

En el Español, diez minutos antes de la hora marcada en tablilla para ensayos, encuentra V. los ejemplares en la concha ó en la mesa; la luz eléctrica conveniente está encendida y el trabajo comienza con la mayor regularidad.

Excusado es decir, que por el escenario, anda todo el mundo de puntillas.

En los momentos de descanso se habla de todo, menos de *copas de vino*.

¿Podrá decirse lo mismo en todos los demás teatros?

Pasado el ensayo de los *finales*, esto es, de las piezas en un acto, comienza el de las obras de los padres maestros, y entra en el pleno de sus funciones la incomparable María Guerrero, esa estrella de primera magnitud en el cielo del arte dramático contemporáneo.

María no solamente sabe sus papeles, desde el segundo ensayo, sino que está íntimamente penetrada de los de todos los demás actores.

Con exquisita educación indica á cada cual las líneas generales á que ha de ajustarse y coloca y distribuye las figuras, con una fijeza y una precisión que acusan el previo y detenido examen hecho de la obra que se está estudiando.

La prueba de lo que estudia en casa, está en la seguridad en que dispone la *mise en scène*.

Y al mismo tiempo,—rara modestia—no impone su voluntad; antes bien parece aconsejar y pedir el convencimiento de la persona á quien corrige y ella misma consulta con las personas de su confianza si sus observaciones son atinadas ó no.

Dice un actor un parlamento, ved á María fija en él la vista, auxiliada por la lente de oro. Cuando la deja caer y llama aparte el actor, algo bueno y útil va á decirle.

Cuando el apuntador vuelve atrás y repite la escena, el actor aparece completamente cambiado, su dicción es más bella, más propia, las inflexiones de su voz son las que exigen los conceptos y el parlamento ha tomado el camino que dirige al aplauso de manera infalible.

Mucho hace, sin duda, el buen intérprete, pero la mejor parte del éxito corresponde á las observaciones de María.

Hay otro actor en el Español, cuyos visibles progresos le están acercando á la meta á pasos agigantados. Me refiero á Fernández Díaz de Mendoza.

Y esto lo ha conseguido, no sólo porque la naturaleza le ha dotado de un talento clarisi-

Dibujo original de T. GÓMEZ SOLER.



El amor a fines del siglo XIX

mo, sino porque pasa estudiando muchas horas de la noche.

Creer que para brillar en el teatro basta y sobra con la inspiración, es creer una falsedad.

El talento es mucho, muchísimo, pero para llegar á todo hay que ayudarlo con el estudio.

El poeta inculto será poeta siempre, pero lo parecerá más el que al ingenio reuna la ilustración.

Fernando la tiene y la acrecienta más cada día.

Al lado de estas dos grandes figuras, hay otra de gran saliente: Donato Giménez.

En nombrando á este actor popularísimo boca abajo todos los actores de carácter.

Ese actor excelentísimo es la prueba más palpable de lo que pueden en el teatro el estudio y su *buena digestión*.

Siendo su voz ingrata, ha logrado modularla. Nadie entiende como él de aspiraciones, estudio difícilísimo; y lo mismo con igual maestría hace un papel moderno, que desentraña las conceptuosas razones del teatro antiguo.

Todo le es familiar, y en materias de indumentaria, su memoria es un libro de figurines.

Todos los actores le consultan como han de vestirse y por ello todos se visten bien.

Donato va al frente de los actores españoles de su clase. Más adelante hablaré de otros compañeros muy notables.

Y queda entre bastidores, sin enseñar jamás la cara al público, un hombre excepcional.

Ramón Guerrero, el padre afortunado de María. Ojo de águila, encarnación del sentimiento estético, dispone el decorado y los accesorios con una minuciosidad que asombra por lo característico del detalle y la verdad de la asimilación.

No hablemos de sus conocimientos especiales en administración; eso está fuera de nuestra esfera de arte y no nos incumbe por nada.

Ramón, por tener, tiene hasta mal genio; es áspero y regañón, pero posee un corazón de oro, tierno y sensible á todas las desgracias y remediador de infortunios.

Yo he experimentado muchas honras en esta vida; ninguna tan grande como la de pertenecer á la compañía del teatro Español.

Lo sensible es que me durará poco. Soy ya tan viejo.

RAFAEL M.^a LIERN.

CLASICOS

PROFECÍA DEL TAJO

Folgaba el rey Rodrigo.
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El río sacó fuera
El pecho, y le habló desta manera:

»En mal punto te goces,
Oyo ya forzador; que ya el sonido
Injusto, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, y de furor y ardor ceñido

»¡Ay! esa tu alegría
Que llantos acarrea, y esa hermosa
(Que vió el sol en mal día),
A España ¡ay! cuán llorosa
Y al cetro de los godos cuán costosa

»Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A ti y á tus vasallos naturales,

»A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.

»Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza,
Atento, y no á la fama.
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.

»Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera;
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.

»La lanza ya blande
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la palea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

»Cubre la gente el suelo,
Debajo de la velas desaparece
La mar, la voz al ciclo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el día y le obscurece.

»¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!

»El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerrada
El gran padre Neptuno da á la armada.

»¡Ay triste! ¿Y aún te tiene
El mar dulce regazo, ni llamado
Al mar que sobreviene
No acorres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?

»Acudé, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

»¡Ay cuánto de fatiga!
¡Ay cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga.
Al infante valiente,
A hombres y á caballos juntamente!

»A tú, Bétis divino,
De sangre ajena y tuya mancillado,
¡Detrás al mar vecino
Cuánto yelmo quebrado,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

»El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordenada,
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena,
¡Oh! cara patria, á bárbara cadena.»

F. LUÍS DE LEÓN.

CADA LOCO CON SU TEMA

El Sr. D. Facundo Picadillo Gordo, era en la época en que le presentamos á nuestros lectores, un pobre hombre en toda la extensión de la palabra.

Modesto empleado en la Aduana de Barcelona, con el sueldo de mil doscientas cincuenta pesetas, con el descuento correspondiente, sin manos puercas, ni otra clase de gratificación que algún puñetazo que otro que de cuando en cuando le daban en plenas narices los mozos de la Aduana si por equivocación inocente los cobraba algunos céntimos de más en las liquidaciones; vivía, no obstante, feliz, ni envidiado ni envidioso, en un cuarto piso de la calle de San Pablo, por el que pagaba religiosamente sus quince pesetillas el último día de cada mes, por no permitirle sus escasos emolumentos pagar adelantado, aparte de que fiel guardador de la jurisprudencia popular encerrada en los refranes, decía siempre con el tan conocido en Castilla que «paga adelantada era siempre paga viciosa.»

Con esto y cuarenta y cinco pesetas más al mes, que destinaba para su relativa alimentación, si así puede llamarse á una taza de café económico, que sorbía todas las mañanas á una modestísima comida compuesta de sota, caballo y rey, que engullía todas las tardes y á una más modesta cena con que de noche se regalaba, se verá que cubría sus más apremiantes necesidades con la escasísima suma de sesenta pesetas mensuales.

De lo dicho se deduce que pasaba la vida en una estrechez rayana en la miseria, y que nunca se permitía el lujo de concurrir al café y mucho menos todavía al teatro, cuyos dos honestos placeres eran para él, fruto prohibido.

Pero como hasta el completo de su sueldo le quedaban unos siete duros al mes de los que solamente destinaba uno á la renovación metódica de su guardaropa, que hacía en los encantos todas las temporadas, le resultaba todavía un *superabit* mensual de treinta pesetas, con el cual hubiera sido sin duda alguna un Rostchild, á no tener una fatal mania que le llevaba á la ruina más completa.

El Sr. de Picadillo, que no obstante el modesto destino que desempeñaba había recibido una educación distinguida, quería á toda costa completarla con la mayor suma de conocimientos, para lo cual se pasaba los ratos de ocio coleccionando las cosas más extravagantes. Unas veces los sellos de correos, otras las cajas de cerillas, hoy los cromos, mañana los billetes de los tranvías, de todo eso, en fin, que nada

significa para el indiferente, pero que constituye para el coleccionador tesoro inapreciable, era tenaz perseguidor Picadillo.

No existía un kiosko en la Rambla de los destinados á la venta de periódicos y cerillas, cuyo dueño no le conociese con intimidad ni se parase al pasar por las mañanas cuando iba á la oficina ó por la tarde al regresar de ella, apenas se le ocurría á la Empresa arrendataria estampar en las cajas un nuevo dibujo, lanzándole al mercado, ya andaba D. Facundo de uno en otro kiosko, como can perdiguero que olfatea la caza, sin descansar un instante hasta que lograba poseerla, y eran de ver cuando ya lo había conseguido las extravagantes manifestaciones de alegría á que se entregaba á veces en plena vía pública, sin que le importase un ardite llamar la atención de los transeuntes.

Con estos antecedentes que bajo nuestra honrada palabra aseguramos ser enteramente verídicos, no parecerá extraño que, apenas viese la luz pública la más incompleta obra de filosofía ó el más rudimentario indicador de cualquier cosa, hiciese Picadillo todo género de sacrificios por poseerlos, siquiera fuese preciso para ello suprimir durante un mes el *rey* de la comida del mediodía, ó dejar aquel de pagar al casero, aun cuando esta heroica resolución le pusiese en la alternativa de ser desahuciado por falta de pago.

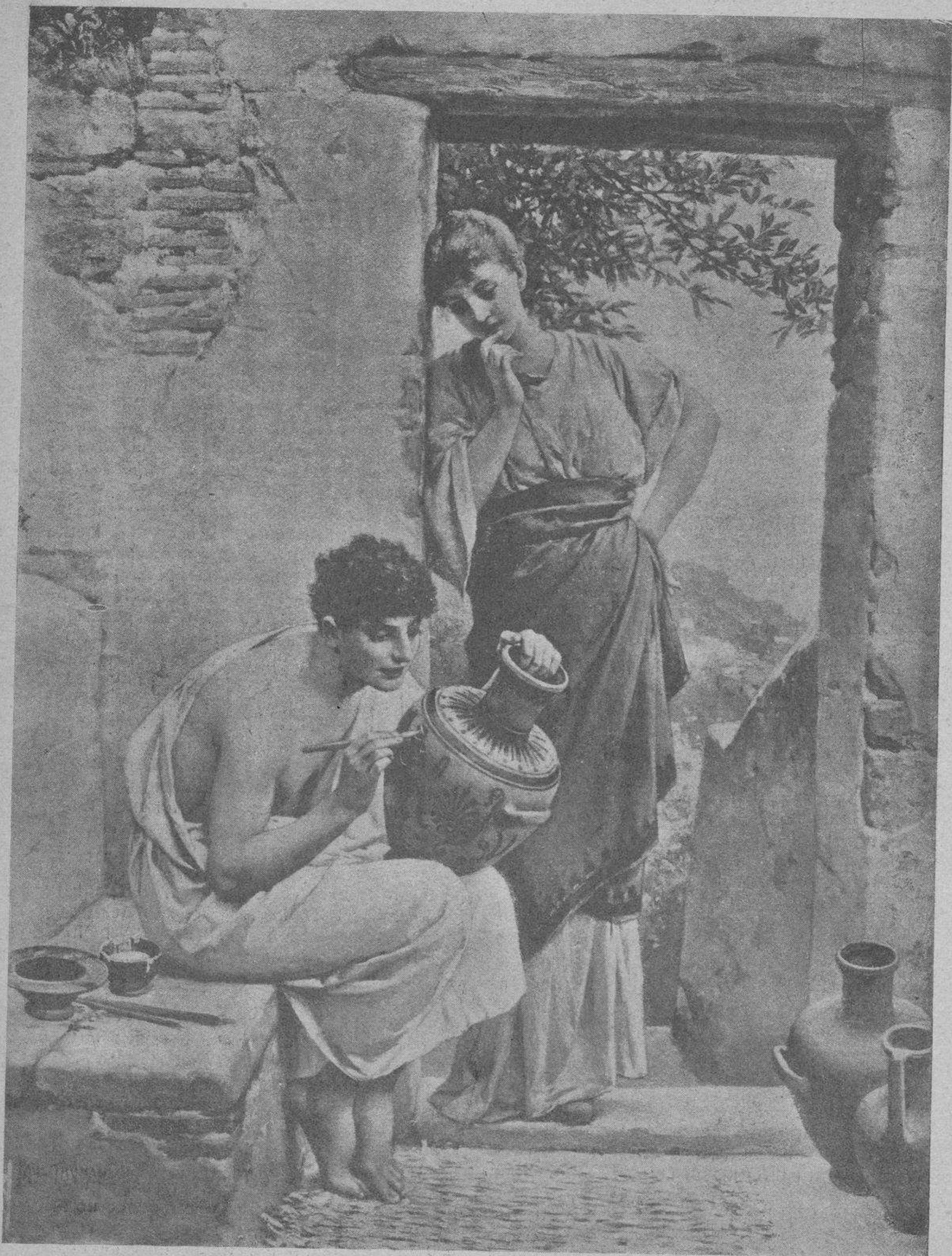
Y tan arraigada estaba en él la tal manía coleccionista que hubo de ocasionarle más de un grave disgusto; uno hemos de citar entre todos, no solamente por la audacia que revela, sino por lo cómicamente grave de sus consecuencias.

Propúsose una vez poseer un autógrafo de un torero célebre, hombre de carácter, adusto, inaccesible á todas las recomendaciones y guasón de primera como buen sevillano; y no hubo tentativa que Picadillo no pusiese en práctica, ni sacrificio que le pareciese pequeño con tal de llegar al fin deseado.

Hallábase entonces en una época en que le dió la manía fatal de coleccionista de reunir en las paredes de la sala de su cuarto piso cuantos objetos taurinos pudo hallar á mano, y no solamente de diestros y ganaderos, sino de todo lo que por cualquier motivo ó incidencia se relacionase con la fiesta taurina, y de ahí su tenaz empeño en poseer el indicado autógrafo.

Infinito fué el número de personas á quienes molestó para conseguirlo y no quedó un solo revistero de toros al que no molestase con tal petición, pudiendo dar ligera idea de cuales serían las privaciones que le impuso satisfacer

GALERIA ARTISTICA



Un obrero de Pompeya.

Paul Ithmann

GALERIA ARTISTICA



Rettig.

¡Adiós!

aquella ridícula manifestación de su manía, el hecho de haber gastado más de veinte pesetas mensuales en sellos de correos para franquear las cartas.

Empero, sus tentativas estrelláronse todas ante la pasividad del diestro, y el silencio de las demás personas á quienes molestó para que le recomendasen, todo lo cual dió lugar á que adoptase una extrema resolución.

Llegó por aquellos días el torero en cuestión, contratado para torear tres corridas en la plaza de Barcelona, y apenas llegó á noticia de Picadillo, pensó en visitarle en su habitación del Hotel internacional, seguro de que si aquel hombre tenía como decían todos los que le conocían, el corazón en su sitio, había de acceder á sus reiteradas é insistentes súplicas.

Y como lo pensó lo hizo, una mañana, en que el diestro acababa de dejar el blando lecho, y se disponía á bajar al comedor, penetra sin avisarle en su cuarto, decidido á obtener á la fuerza lo que quería, en el caso de no conseguirlo por la persuasión.

Y estuvo tan insistente, tanto le suplicó, hasta con lágrimas en los ojos, que aquel queriendo darle una broma que resultó después demasiado pesada, como luego verán nuestros lectores, convino en acceder á sus súplicas con tal de que aquella tarde asistiese á la corrida como picador de entra y sal, para lo que según el diestro no se necesitaba conocimiento alguno, sino únicamente saberse tener á caballo, cosa que nunca hizo mal nuestro héroe.

Aceptó, pues luego que el diestro y su cuadrilla le dieron todo género de seguridades de que no saldría del callejón, y se encaminó á la plaza montado en un famélico jamelgo, y vistiendo un vistoso traje de picador, que el mismo diestro le había facilitado.

Pero como la desgracia había perseguido á Picadillo desde su infancia, quiso el cielo que aquella tarde se lidiasen toros excesivamente

codiciosos y tan valientes en la suerte de varas, que antes de banderillear al primero ya estaba nuestro protagonista en el redondel.

Y como el público, que en vista de la sangre y empuje del bicho, no cesaba de gritar ¡picadores! ¡picadores! vine obligado también á poner su vara correspondiente dando un talegazo de tal naturaleza que le ocasionó una fuerte conmoción cerebral, que dió lugar á que tuviera que acostarse desde el momento en que entró en la enfermería de la plaza, de la que no pudo salir hasta después de pasados veinte días.

Y cuando al hacer quince volvió el diestro para torear su segunda corrida y fué á visitarle, recordóle el compromiso contraído de darle su autógrafo, le replicó aquel con sorna.

—Compare, pus si yo supia escribir había sido á estas fechas ministro de la corona.

La larga enfermedad padecida, seguida de una menos larga convalecencia le hizo perder su destino en la Aduana, con lo cual sufrió un golpe fatal su manía coleccionista.

Y no ha escarmentado todavía el pobre Picadillo, sino que continúa coleccionando cajas de fósforos que ya no compra en los kioscos, sino que recoge en la calle, y recientemente al ver anunciada en los periódicos «La signatura oficial de España» obra que edita la casa Lerix y que no es otra cosa que una colección completa de todas los facsimiles, de todos los ayuntamientos, capitánías generales, parroquias, etc., ha jurado *in mente* poseerla, y fácil es que algún día inserte el *Noticiero* el siguiente suceso. «Ayer fué preso un mendigo conocido de hace muchos años de los barceloneses por su manía de coleccionador, por hurto realizado en una librería, inútil nos parece decir á nuestros lectores que el tal mendigo es el antiguo empleado en la Aduana don Facundo Picadillo Guido.»

JOSÉ CALDEIRO

LA CITA

Nunca más bello color
Dió al horizonte tu llama,
Astro de eterno fulgor,
Al esconder tu esplendor
La cumbre de Guadarrama.
Nunca tu aroma senti
Más delicioso que ahora,
Linda rosa carmesí;
Nunca más bella te vi
Con las perlas de la aurora

Arroyo, que turbio y feo
Ayer te vi deslizar,
¿Cómo tan limpio te veo,
Que ya de tu fon lo creo
Las arenillas contar?
Galanos campos que hacéis.
De to la esta pompa alarde,
¿A quién celebrar queréis?...
¿O es por dicha que sabéis
Que viene Laura esta tarde?

1830

VENTURA DE LA VEGA.

MISCELANEA

En la plaza de Santa Bárbara:
—¿Qué desconocido está esto!
—Allí estaba el Saladero.
—Sí, ahí he pasado yo los mejores años de mi vida.

Entre dos hermanas:
—Ahora sí que estoy segura de que Ernesto me ama.
—¿Y en qué lo has conocido?
—En que empieza á no poder sufrir á mamá.

Vicente Gedeón, hijo del insigne bobo, se lamentaba ante varios amigos de los disgustos que le causaban algunos pleitos que tenía pendientes.

—Debes transigir con tus contrarios —le dijo uno.

—De ninguna manera —contesta Vicente— defenderé los intereses de mis hijos hasta que me quede sin una peseta.

Consulta médica:

—Doctor, trabajo como un buey, como más que un lobo y duermo como un animal...

El médico, interrumpiendo á su cliente:

—Pues yo no puedo recetarle á usted nada. Vaya usted á consultar á un veterinario.

Entre amigas:

—Sí, hija, sí, estoy desesperada. ¡Mi marido me engaña!

—¿De veras?

—¡Y figúrate... con quién!... ¡Con una perdida! ¡Si fuera al menos con una mujer como tú ó como yo!

Decía un aeronauta después de una ascensión:

—Subí tan alto que luego no había manera de bajar.

—¿Por qué?

—Porque perdí de vista la tierra, y me exponía á no caer en ella.

Cansado un pobre hombre al ver que su mujer no enmendaba su conducta, fué á casa de su suegro y le dijo:

—Vengo á decir á usted que voy á devolverle su hija.

—¡Hombre! ¿Y por qué?

—Porque me han asegurado que todos los hombres le gustan más que yo, y me consta que hace caso á cuantos la requiebran.

—No seas majadero. Su madre era lo mismo. Ella se cansará, como se cansó su madre.

—¡Cómo hace cambiar de ideas el matrimonio! —me decía ayer un amigo.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! Cuando yo era soltero me gustaban todas las mujeres, sin excepción.

—¿Y ahora?

—Ahora me gustan todas, menos la mía.

Decía un chico en la escuela:

—Mi padre se viste de mujer con frecuencia.

—¿De mujer! ¿Y tú le has visto?

—Yo no; pero mi madre dice que todas las noches viene con la *papalina*.

Una joven recién casada con un viejo, encarga la construcción de un armario de luna.

Cuando el ebanista entrega el mueble, la joven dice:

—Ese armario es muy chico, y sobre todo, muy bajo.

—Pero, señora...

—Todo armario debe tener, al menos, la altura de un hombre.

Un buque norteamericano navega á todo vapor, cuando de pronto se oye un grito:

—¡Un hombre al agua!

—¡Stop!—exclama el capitán.

Después, volviéndose hacia el sobrecargo, añade:

—¿Ha pagado su pasaje?

—Sí, señor.

—¡Pues adelante!—ruje el capitán.

Y el vapor sigue su marcha como si tal cosa.

En la Puerta del Sol:

—Ahí tienes á tu amiga Rosa, á la que dejaste abandonada el año pasado.

—Sí, ya la veo.

—Por cierto que se pasa la vida en la calle.

—Naturalmente. Como que en la calle fué donde la planté.

NUMERO EXTRAORDINARIO

DE SEMANA SANTA

EL número que aparecerá el 1.º de Abril próximo, dedicado por completo al sublime misterio de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, constará de **treinta y dos páginas**, encuadernadas, y profusión de grabados, reproducción de los más bellos y célebres cuadros nacionales y extranjeros referentes á este místico asunto.

Será un número riquísimo, el mejor que hasta hoy habrá publicado LA SAETA, y lo mejor que en esta clase de trabajos cabe presentar.

A pesar del lujo y riqueza de este número sólo costará

30 céntimos en toda España.

Imprenta LA ILUSTRACION, á c. de Fidel Giró. Paseo de San Juan, 168 — Barcelona.

FANTASIAS FEMENINAS



Una que sabe donde le aprieta el zapato.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTISTICO

Director:

V. SUAREZ CASAN

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre..	5 Ptas.
Un año.	8 ,
Extranjero y Ultramar.	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA PARA LA VENTA

de
periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA
Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Herald* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆
- El Pelotarí* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernandez, Mayor, 2 y